

JOAQUIM MARIA
MACHADO DE ASSIS

CUENTOS DE MADUREZ

EDICIÓN, TRADUCCIÓN, NOTAS Y PRÓLOGO DE
BETHANIA GUERRA DE LEMOS y JUAN BAUTISTA RODRÍGUEZ

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil /
Fundação Biblioteca Nacional / Coordenadoria Geral do Livro
e da Leitura

Obra publicada con el apoyo del Ministério da Cultura do Brasil /
Fundação Biblioteca Nacional / Coordenadoria Geral do Livro
e da Leitura



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Primera edición: febrero de 2011

Diseño de la colección: Andrés Triapiello y Alfonso Meléndez

© de la edición, traducción, notas y prólogo: Bethania Guerra de Lemos
y Juan Bautista Rodríguez

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2011
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-92913-90-9 • DEPÓSITO LEGAL: M-15924-2011

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

CUENTOS DE MADUREZ

EL GUITARRICO

Inácio Ramos tenía sólo diez años cuando manifestó una decidida vocación musical. Su padre, músico de la Capilla Imperial, le enseñó los primeros rudimentos del arte, junto con los de la gramática, de la que poco sabía. Era un artista modesto, sin otros méritos que su voz de tenor y el arte con que ejecutaba la música sacra. Por este motivo, Inácio aprendió mejor la música que la lengua y, a los quince años, sabía más de bemoles que de verbos. Aun así, tenía suficientes conocimientos para leer la historia de la música y de los grandes maestros. La lectura lo sedujo más si cabe; el joven se dedicó en cuerpo y alma al arte de su corazón y, al poco tiempo, se transformó en un rabelista de primera clase.

El rabel¹ fue el instrumento que primero eligió para poder expresar las emociones de su alma. Sin embargo, no lo llenaba, y soñaba con algo mejor. Un día llegó a Río de Janeiro un viejo alemán que

¹ *Rabeca* en el original, instrumento de cuerda derivado del rabel árabe. Semejante al violín aunque de sonido más grave, tenía dos o tres cuerdas, y más tarde se fabricó con cuatro. Su uso era marcadamente folclórico.

arrebató al público tocando el violonchelo. Inácio se acercó a escucharlo. Su entusiasmo fue inmenso; no era sólo que el alma de aquel artista conectara con la suya, sino que, además, le ofrecía la llave del secreto que estaba persiguiendo.

Inácio había nacido para el violonchelo.

Desde aquel día, el violonchelo fue el sueño del artista fluminense.¹ Aprovechando la estancia del músico germano, Inácio tomó algunas lecciones con él que le serían de utilidad más adelante, cuando se hizo con el instrumento soñado gracias a los ahorros de mucho tiempo.

En esa época, su padre ya había muerto. Le quedaba su madre, una buena y santa señora cuya alma parecía superior a la condición en la que había nacido, tan elevada era su concepción de lo bello. Inácio tenía veinte años, talento artístico y unos ojos llenos de vida y futuro. Vivía de algunas clases que impartía y de los ingresos que obtenía circunstancialmente, tocando a veces en un teatro, otras veces en un salón y otras en una iglesia. Las horas que le sobraban las empleaba en el estudio del violonchelo.

Había en el violonchelo una poesía austera y pura, un rasgo melancólico y severo que casaban muy bien con el alma de Inácio Ramos. El rabel, que aún amaba como primer vehículo de sus sentimientos artísticos, ya no le inspiraba el antiguo

¹ Gentilicio de los nacidos en la región o estado de Río de Janeiro.

entusiasmo. Había pasado a ser un simple medio de vida; no lo tocaba con el alma, sino con las manos; ya no era su arte, sino su oficio. El violonchelo sí; para él, Inácio reservaba sus inquietudes más íntimas, los sentimientos más puros, la imaginación, el fervor, el entusiasmo. Tocaba el rabel para los demás, el violonchelo para sí mismo y, a lo sumo, para su vieja madre.

Ambos vivían en un lugar apartado, en uno de los rincones de la ciudad, ajenos a la sociedad que los rodeaba y que no los entendía. En las horas de asueto, Inácio se ocupaba del querido instrumento y hacía que todas las cuerdas de su corazón vibrasen, derramando las armonías que llevaba dentro y logrando que la buena señora llorase de melancolía y gusto, pues la música de su hijo le inspiraba ambos sentimientos. Cuando Inácio no tenía obligaciones que cumplir fuera de casa, pasaban así las veladas; solos los dos, con el instrumento y el cielo de por medio.

La buena anciana enfermó y murió. Inácio sintió el vacío que se generaba en su vida. Cuando el féretro, llevado por media docena de artistas colegas suyos, salió de la casa, vio partir dentro de él todo el pasado, el presente y no sabía si también el futuro. Así lo creyó. La noche del entierro resultó corta para todo el reposo que su cuerpo le pedía después de tan profunda conmoción; la siguiente, sin embargo, fue la de su primera composición musical. Escribió para el violonchelo una elegía,

que si bien no era sublime en cuanto a perfección artística, indudablemente sí lo era en cuanto a inspiración personal. La compuso para sí mismo y, durante dos años, nadie la oyó ni supo siquiera de ella.

La primera vez que hizo retumbar aquel suspiro fúnebre fue ocho días después de casarse, estando a solas con su mujer en la misma casa donde muriera su madre, en el mismo salón en que ambos solían pasar las noches. Era también la primera vez que la mujer le oía tocar el violonchelo. Quiso que el recuerdo de su madre se uniera a aquella confianza que hacía a la dueña de su corazón: emparentar de algún modo el pasado y el presente.

—Toca un poco el violonchelo —le había dicho la mujer dos veces después de la boda—. ¡Tu madre me decía que tocabas muy bien!

—Bien, no lo sé —respondía Inácio—; pero me agrada tocarlo.

—Pues claro, ¡y yo deseo oírte!

—Ahora no, permíteme contemplarte primero.

Al cabo de ocho días, Inácio cumplió el deseo de Carlotinha. Era por la tarde, una tarde fría y deliciosa. El artista cogió el instrumento, empuñó el arco y las cuerdas gimieron al impulso de su mano inspirada. En esos momentos, no tenía ojos para su mujer, ni para aquel lugar, ni siquiera para el instrumento: sólo veía la imagen de la madre y se empapaba por completo de un mundo de armo-

nías celestiales. La ejecución duró veinte minutos. Cuando la última nota expiró en las cuerdas del violonchelo, el brazo del artista se dejó caer, no por el cansancio, sino porque todo su cuerpo cedía a la sacudida moral que el recuerdo y la obra le producían.

—¡Oh! ¡Qué bonito! ¡Muy bonito! —exclamó Carlotinha levantándose y acercándose a su marido.

Inácio se estremeció y miró estupefacto a la mujer. Aquella exclamación de entusiasmo le chocaba, en primer lugar porque el fragmento que acababa de ejecutar no era bonito, como decía ella, sino severo y melancólico; y seguidamente porque, en lugar de un sonoro aplauso, hubiera preferido recibir otra respuesta más acorde con la naturaleza de la obra: dos lágrimas, aunque fueran sólo dos, pero expresadas desde el corazón, como las que en aquel momento le surcaban el rostro a él.

Su primera reacción fue de despecho, el despecho del artista que, en su caso, dominaba todo lo demás. Tomó el instrumento en silencio y lo dejó en un rincón. La joven descubrió en ese momento sus lágrimas; se conmovió y le tendió los brazos.

Inácio la estrechó contra su pecho.

Carlotinha se sentó entonces con él, junto a la ventana, desde donde veían surgir en el cielo las primeras estrellas. Era una muchacha de diecisiete años, aunque parecía de diecinueve; más baja que alta, rostro moreno, ojos negros y vivaces. Aquellos

ojos, expresión fiel del alma de Carlota, contrastaban con la mirada dócil y misteriosa del marido. Los movimientos de la joven eran vivos y rápidos, la voz argentada, la palabra fácil y fluida, todo en ella ofrecía un aspecto mundano y jovial. A Inácio le gustaba oírla y verla; la quería mucho y, más que eso, era como si a veces necesitase de aquella expresión de vida exterior para entregarse por entero a las especulaciones de su espíritu.

Carlota era hija de un comerciante de poco lustre, un hombre que trabajó toda la vida como un negro para luego morir pobre, pues la poca hacienda que dejó apenas pudo alcanzar para cubrir algunas deudas. Toda la riqueza de la hija era su belleza, que en efecto la tenía, aunque sin poesía ni idealismo. Inácio la había conocido en vida del padre, cuando iba con éste a visitar a su vieja madre; pero sólo la amó realmente después de que se quedara huérfana y el alma le pidiera un afecto para suplir lo que la muerte le había robado.

La joven aceptó con gusto la mano que Inácio le ofrecía. Se casaron con el beneplácito de los parientes de la joven y de las personas que los conocían. El vacío se cubría de ese modo.

A pesar del episodio referido, los días, las semanas y los meses transcurrieron como hilados con oro para el esposo artista. Carlotinha era de natural coqueta y amiga de lucirse, pero se contentaba con poco y no se mostraba exigente ni extravagante. Los bienes de Inácio Ramos eran escasos; aun

así, sabía llevar la vida de modo que no les faltase lo necesario ni quedasen por satisfacer algunos de los deseos más discretos de la joven. Ciertamente, su unión no necesitaba de derroches ni de ostentaciones; pero, cualquiera que sea el entorno social, hay exigencias que no todos los bolsillos se pueden permitir. Carlotinha había vivido hasta entonces de fiestas y pasatiempos; la vida conyugal le exigía hábitos menos frívolos y supo plegarse ante esa ley que había aceptado con el corazón.

Además, ¿qué puede resistirse verdaderamente al amor? Los dos se amaban; por grande que fuese el contraste entre la naturaleza de uno y otro, estaban ligados y hermanados por el afecto verdadero que los había aproximado. El primer milagro de amor había sido la aceptación, por parte de la joven, del famoso violonchelo. Indudablemente, Carlotinha no experimentaba las emociones que aquél producía en el marido, y estaba lejos de esa pasión silenciosa y profunda que ligaba a Inácio Ramos al instrumento; pero se había acostumbrado a oírlo, lo apreciaba y había llegado a entenderlo alguna que otra vez.

La esposa se quedó embarazada. El día en que el marido recibió esta noticia, sintió una turbación profunda, y su amor creció en intensidad.

—Cuando nazca nuestro hijo —dijo—, compondré mi segundo canto.

—El tercero será cuando me muera, ¿verdad? —preguntó la joven con un leve tono de disgusto.

—¡Por favor, no digas eso!

Inácio Ramos entendió el reproche de su mujer; se encerró durante algunas horas y produjo una composición nueva, la segunda que le salía del alma, dedicada a la esposa. La música entusiasmó a Carlotinha, más por vanidad satisfecha que por que la llenase de verdad. Carlotinha abrazó a su marido con todas sus fuerzas y premió su inspiración con un beso. La felicidad de Inácio no podía ser mayor; tenía todo lo que había deseado: una vida artística, paz y felicidad doméstica y, por último, la esperanza de convertirse en padre.

—Si es niño —le decía a su mujer—, aprenderá el violonchelo; si es niña, aprenderá el arpa. Son los únicos instrumentos capaces de transmitir las impresiones más sublimes del espíritu.

Fue niño. El recién nacido trajo una nueva fisonomía a la vida del hogar. La felicidad del artista era inmensa; se sintió con más fuerzas para el trabajo y, a la vez, fue como si su inspiración se afianzase.

La prometida composición al nacimiento del hijo se realizó y ejecutó ya no entre la mujer y él, sino en presencia de algunas amistades. Al principio, Inácio Ramos se había negado, pero su mujer había conseguido convencerlo para que compartiera con ciertas personas aquella nueva producción de su talento. Inácio sabía que la sociedad quizá nunca llegase a comprenderlo como él deseaba; sin embargo, cedió. Si estaban justificados sus

miedos, es algo que jamás llegó a saber, pues aquella vez, como las demás, no reparó en nadie; se vio y se escuchó a sí mismo, siendo cada nota suya un eco de las armonías santas y elevadas que la paternidad había despertado en él.

La vida hubiera transcurrido así, monótonamente hermosa, y no hubiera valido la pena describirla si no fuera por un incidente sucedido en aquella misma ocasión.

La casa en la que vivían era de una planta, aunque sobradamente amplia y elegante. Dos transeúntes, atraídos por los sonidos del violonchelo, se habían acercado a las ventanas entornadas y habían escuchado, desde fuera, casi la mitad de la obra. Uno de ellos, emocionado por la composición y la ejecución, rompió en sonoros aplausos al concluir Inácio; tras abrir bruscamente las contraventanas, se asomó hacia dentro gritando:

—¡Bravo, artista divino!

La inesperada exclamación llamó la atención de los que estaban en la sala; todos volvieron la cabeza y vieron las figuras de dos hombres; uno tranquilo, el otro alborotado de gozo. Abrieron la puerta a los dos extraños. El más arrebatado de ellos corrió a abrazar al artista.

—¡Oh, alma divina! —exclamaba—. ¿Cómo un artista de su talla vive aquí oculto a los ojos del mundo?

El otro personaje ofreció igualmente cumplidos y alabanzas al maestro del violonchelo; pero, como

se ha dicho, sus aplausos eran menos entusiastas y se advertía un reflejo de frialdad en su vulgar expresión.

Estos dos personajes, que así habían entrado en el salón, eran dos amigos que el azar había conducido hasta allí. Ambos eran estudiantes de derecho que estaban de vacaciones; el entusiasta, todo arte y literatura, tenía el alma llena de música alemana y poesía romántica, y era nada menos que un ejemplar de aquella falange académica, fervorosa y joven, animada por todas las pasiones, sueños, delirios y efusiones de la generación moderna; su compañero era sólo un espíritu mediocre, refractario a todas esas cosas no menos que al derecho, con el que también andaba peleado al tratar de metérselo en la cabeza.

Aquél se llamaba Amaral; éste, Barbosa.

Amaral preguntó a Inácio Ramos si podía volver más veces por allí, y volvió. El artista vocacional empleaba su tiempo en oír cómo el de profesión hacía hablar a las cuerdas del instrumento. Eran cinco personas; ellos dos, Barbosa, Carlotinha y el niño, el futuro violonchelista. Un día, apenas una semana después, Amaral le contó a Inácio que su compañero era músico.

—¿También? —exclamó el artista.

—Así es; pero un poco menos sublime que usted —añadió sonriendo.

—¿Que instrumento toca?

—Adivine.

—Quizás el piano...

—No.

—¿La flauta?

—¡No, qué va!

—¿Es un instrumento de cuerda?

—Lo es.

—Pues, si no es el rabel... —dijo Inácio mirándolo como a la espera de confirmación.

—No es el rabel. Es el guitarrico.¹

Inácio sonrió; estas últimas palabras llegaron a oídos de Barbosa, que confirmó la noticia del amigo.

—No se preocupe —dijo Amaral por lo bajo a Inácio—, ya verá como hago que lo toque un día. Es otra clase de instrumento, claro está...

—Cuando él quiera, encantado.

En efecto era otra clase de instrumento, como el lector fácilmente comprenderá. Allí reunidos los cuatro, una noche de la siguiente semana, Barbosa se sentó en el centro del salón, afinó el guitarrico y puso en acción todo su talento. El talento era realmente grande; lo único pequeño era el instrumento. Y no tocó Weber ni Mozart; sino una canción de su tiempo y de la calle, una obra de ocasión. Barbosa la interpretó, no con el alma, sino con cada uno de sus nervios. Todo él acompañaba la gradación y las variaciones de las notas: se acopla-

¹ *Machete* en portugués, nombre por el que era conocida en Brasil la pequeña guitarra de cuatro cuerdas equivalente al guitarrico aragonés o al tiple canario. Instrumento popular, precursor del *cavaquinho*, con que se toca la samba hoy en día.

ba al instrumento, tensaba el cuerpo, inclinaba la cabeza hacia un lado primero, hacia el otro después, alzaba la pierna, sonreía, se le humedecían los ojos o los cerraba en aquellos momentos que le parecían patéticos. Oírlo tocar era lo de menos; verlo era lo interesante. Quien solamente lo oyese, no podría comprenderlo.

Fue un éxito —un éxito de otro tipo—, pero peligroso, porque, tan pronto como Barbosa escuchó las felicitaciones de Carlotinha e Inácio, pasó a la segunda ejecución y hubiera comenzado la tercera de no intervenir Amaral:

—Ahora le toca al violonchelo.

El guitarrico de Barbosa no quedó recluido entre las cuatro paredes del salón de Inácio Ramos; al poco tiempo ya era conocido en el barrio donde vivía el artista, y toda la gente del lugar ansiaba escucharlo.

Carlotinha fue quien lo dio a conocer; ella había encontrado una vida y una gracia infinitas en esa otra música y no cesaba de elogiarlo por todas partes. Las familias del lugar aún echaban de menos el célebre guitarrico que había tañido allí, años atrás, el actual subcomisario, a quien sus elevadas responsabilidades no le habían permitido cultivar tal arte. Oír el guitarrico de Barbosa era revivir una página del pasado.

—Pues yo haré que lo escuchen —decía la joven.
No fue difícil.